



Columna invitada

Miguel González Compeán

La muerte del PRI

Hace 25 años, el entonces director del Fondo de Cultura Económica, Miguel de la Madrid, me solicitó a su servidor y al ahora rector de la UNAM, Leonardo Lomelí, que hiciéramos para esa casa editorial una historia del PRI. Su solicitud provenía de que Soledad Loaeza acababa de publicar, en esa misma editorial, una muy completa e interesante historia del PAN. Hay que hacerla lo más completa y rica posible, me dijo; a lo que contesté que hacerla sería muy laborioso y mucho más complejo que hacer una historia del PAN. Habida cuenta de que no teníamos la edad, la experiencia y la calidad intelectual de Soledad Loaeza.

El PRI para ese momento eran todavía muchas historias. Ya se habían escrito algunos textos, además, como el de Luis Javier Garrido, sobre la base de que el PRI había actuado, como instrumento ideológico de Estado, los muy prolíficos esfuerzos de Miguel Osorio Marbán, las distintas versiones que ha hecho Rogelio Hernández Rodríguez y de muchos otros que por espacio no menciono.

Le solicité, entonces, que creáramos un comité editorial, que se integró por Miguel de la Madrid, Miguel González Avelar, Rogelio Hernández, Soledad Loaeza, Luis Medina Peña, Jean Meyer, Mariano Palacios Alcocer y Rafael Segovia.

Trabajamos dos años, con entrevistas a los muchos que aún vivían, fuentes documentales que no se habían tomado en cuenta y opiniones de muchos actores de gabinete y de calle, todo ello con la ayuda de otros jóvenes como el doctor Sanjinés y permanentemente bajo la revisión del comité mencionado.

El libro vio la luz en el año 2000, antes de la elección de aquel año en el que el PRI perdió la Presidencia. Dos ediciones completas volaron de los anaqueles y por razones políticas nunca se volvió a publicar. Está esperando una próxima salida. Sin embargo, a propósito de los pésimos resultados electorales recientes y las pretensiones de reelección de Alejandro Moreno al frente de ese institu-

to político vale la pena hacer dos o tres comentarios.

Contrario a todo lo que se había escrito hasta ese momento, nosotros partimos de algunas ideas: que el PRI eran muchos PRI; que el PRI lo había construido el poder, pero también venía de abajo con verdaderas fuerzas sociales en su interior; que el PRI, como heredero del liberalismo mexicano, le había dado al país una cohesión que no pudieron darle las leyes y las armas durante el siglo XIX, y, finalmente, que su éxito se debía a la permanente renovación de sus cuadros y dirigentes. A veces más democráticamente que otras, pero en renovación constante y con fecha de caducidad para los que por ahí pasaban.

Desde mi perspectiva, el PRI empezó a perder espacio el día que la pobreza y la desigualdad en México se convirtieron en un asunto del Coneval y del Inegi, exclusivamente. Las palabras pueblo, pobreza y desigualdad salieron del lenguaje priista para ser ocupadas por desarrollo, inflación, TLCAN, políticas públicas, programas y transición democrática.

Con base en esta última, prometimos que la democracia sería panacea y que todos viviríamos mejor. No se cumplió. El PRI dejó el discurso de la pobreza, la desigualdad y la esperanza por otro centrado en la democracia liberal —nada mala apuesta— pero ayuna de la atención indispensable a sus grupos sociales.

El día de hoy, el presidente del PRI quiere a toda costa reelegirse, en contravención del ADN del propio partido, con el añadido de que no sabemos para qué quiere reelegirse y qué proyecto ofrece. Por mantenerse en el cargo, en fin. El problema, me parece, es que los priistas no se han planteado con seriedad qué agenda deben construir, enarbolar y qué espacio juegan como los herederos más señeros del liberalismo mexicano. Mientras tanto, lo que a Alejandro Moreno no se le ha escuchado decir o pronunciar hasta ahora son las palabras pueblo, desigualdad o pobreza. Ésa sí sería la muerte del PRI. Nada más, pero nada menos, también.